

que la influencia providencial que acabamos de hacer constar sea una fatalidad que quite la libertad á los pueblos, aunque sí la modifica y la limita. La fuerza de la libertad va aumentando á medida que la de la fatalidad disminuye; pero siempre quedará para los pueblos, como para los individuos, un elemento providencial que no se explica por la libertad, sino que, por el contrario, la limita.

Cuando la libertad está limitada, la responsabilidad lo está también. Hé aquí la causa de la indulgencia que la filosofía de la historia dispensa á ciertos hombres al apreciar el papel histórico que han representado. Los más grandes sufren la influencia del medio social en que han nacido y se han desarrollado; comparten los errores y las preocupaciones de sus contemporáneos. ¿Condenáremosles acaso por haberse engañado con todo el mundo? Esto equivaldría á condenarlos porque, en lugar de nacer en el siglo XIX, nacieron en el siglo XII. La condenación se dirigiría á Dios, no á criaturas imperfectas á quienes da vida donde y como quiere, con arreglo á los decretos misteriosos de su justicia y á los designios de su Providencia. ¿Diríase por esto que la historia debe aprobar el mal como aprueba el bien? No, seguramente; calumnian á la filosofía los que la acusan de tan horrible confusión. La filosofía es indulgente como Dios, que castiga á los hombres tanto con su bondad como con su justicia, teniendo en cuenta las necesidades que han determinado sus sentimientos y sus ideas, y, por consecuencia, sus acciones.

Otro reproche se dirige á la filosofía, y es que, á fuerza de ver en los hechos históricos la mano de Dios, todo lo justifica. Si cuanto acontece tiene su razón de ser en los designios de Dios, ¿no cabe deducir que todo es fatal? Este camino nos conduciría de nuevo al fatalismo bajo el nombre de gobierno providencial. Repetidas veces hemos dicho, en el curso de nuestros *Estudios*, que existen hechos necesarios, providenciales; más aún: hemos comprobado la intervención de Dios en toda la historia; bajo tal punto de vista, todo es providencial; ¿quiere esto decir que todo sea fatal? Cuando se cree en la inmanencia de Dios hay que admitir también que Dios interviene en cuanto los hombres realizan; su acción será más ó menos intensa, pero siempre incesante y universal. La libre actividad del hombre concurre con la acción de Dios, tan

pronto en armonía con sus designios como en oposición; hay, por tanto, la parte de Dios y la parte de los hombres. La mano de Dios se extiende á todo, pero no excluye la libertad humana.

¿Á qué conduce, preguntan algunos, investigar los designios de Dios en la historia? ¿Por qué no limitarse á dar á conocer los móviles de los hombres y el juego de sus pasiones é intereses? Respondémos, desde luego, que el hombre no puede hacer abstracción de Dios y eliminarle, por decirlo así, de la historia. Dios está en él, haga lo que hiciere, y á pesar de todo su empeño no logrará librarse de su influjo. Léjos de tratar de desembarazarse de ese huésped invisible, debe familiarizarse con él y consultarle sin cesar para conocer su voluntad, porque esta voluntad se cumplirá, préstele ó no le preste el hombre su concurso. Si la rechaza, se verá compelido fuertemente, y siempre por el sufrimiento, al camino de Dios. El objeto de todo hombre que cree en Dios debe, por lo tanto, ser penetrar el plan divino para conformar con él sus sentimientos, sus ideas y sus acciones. Hé aquí la ley de su salvación, y sólo bajo su influjo se acercará á Dios y será perfecto como su Padre celestial.

Hay otra razón para que la filosofía busque en la historia los designios de Dios. Al considerar los acontecimientos tales como se producen por la acción de las pasiones humanas, suele no verse más que el egoísmo que anhela satisfacerse hollando cuantos obstáculos se le presentan. El espectáculo es desolador para los hombres que creen en el derecho y el deber; y ¿quién duda de ellos en la intimidad de la conciencia? Sólo un recurso resta para reconciliarse con su destino, y es escudriñar los designios de Dios y descubrir si hay un plan divino que domine las pasiones humanas. Basta abrir los ojos para ver la luz. La mano de Dios se manifiesta en cada página de la historia. Desde el momento que la descubramos, la desesperación cede su sitio á la fe, á la confianza, á la paz del alma. ¿No es este un beneficio inapreciable?

En este sentido dice un filósofo ilustre que la historia es la justificación de Dios (1). La frase de Hegel es profundamente cierta, sin que por ella se entienda que Dios tiene necesidad de que se le jus-

(1) HEGEL, *Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte*, página 20.

tifique; quien tiene esa necesidad es el hombre. En tanto que sólo ve en los hechos históricos el imperio de la fuerza y de la astucia, se desespera, y la desesperación puede impulsarle á dar rienda suelta á sus malas pasiones; el dominio del mundo, se dirá, pertenece al más fuerte ó al más hábil. Si fuera dable á la humanidad desterrar á Dios de su seno, la humanidad perecería. La frase de Hegel se presta á otro abuso: si la historia es la justificación de Dios, ¿no es consiguiente admitir también la justificación de los hombres? De antemano hemos contestado ya la pregunta; porque Dios haga servir los errores y las faltas de los hombres para la ejecución de sus designios, no ha de seguirse que las faltas y los errores sean un bien. En manera alguna; la filosofía condenará á los culpables al mismo tiempo que glorifique á Dios. El plan divino á que los hombres concurren á su pesar no excusa sus extravíos ni ménos los justifica. Cuando la pasión ciega cede su puesto á la razón y la conciencia, el hombre se prosterna ante Dios y adora al que había desconocido. La filosofía de la historia es una glorificación de Dios.

Bossuet dice que la historia es "la sabia consejera de los príncipes" (1). Escuchemos un instante las magníficas frases del grande orador: "Aun cuando la historia fuese inútil á los hombres, vendría que los príncipes la estudiáran. No hay mejor medio de darles á conocer lo que pueden las pasiones y los intereses, los tiempos y las coyunturas, los buenos y los malos consejos... Si la experiencia les es necesaria para adquirir la prudencia que conduce á reinar bien, nada más útil á su instrucción que unir á los ejemplos de los siglos pasados las experiencias que diariamente acumulan" (2). Muchas veces se ha estimado que si la historia es la consejera de los reyes, es también una mala maestra, ó que los reyes son malos discípulos, porque no aprovechan sus lecciones. Compréndese esto bien: los príncipes, egoístas por naturaleza, buscan en la historia, suponiendo que la consulten, lecciones de prudencia, como dice Bossuet; pero los hechos históricos ostentan tal variedad, que apenas si el pasado puede servir de enseñanza al porvenir. No, la historia no se ha hecho para los

(1) BOSSUET, *Oracion fúnebre de Enriqueta de Inglaterra* (Obras, t. VII, p. 600).

(2) BOSSUET, *Discurso sobre la historia universal*, Prefacio (Obras, t. IX, p. 43).

reyes; se ha hecho para los pueblos: para ellos está llena de enseñanzas que acabarán por aprovechar, é inspirándose en los designios de Dios, marcharán por la senda que les ha trazado, queriendo lo que Él quiere. La gran lección que encontrarán en la historia será que deben obedecer á la ley del deber, tanto como los individuos, porque ellos son también individuos, teniendo su principio en Dios y la misma misión que los hombres; por último, en la historia encontrarán la convicción de que obedecen á la ley del progreso; esa convicción es la que da á su vida un sentido y un objeto.

### § III.—El progreso.

#### I.

La noción de un gobierno providencial no basta para crear una filosofía de la historia. Para convencerse de ello no hay más que ver lo que hacen de esta creencia los Padres de la Iglesia y los escritores católicos: sirvelos para glorificar el cristianismo, para anatematizar todas las demás manifestaciones del sentimiento religioso y para maldecir el libre pensamiento, que se eleva sobre esas formas transitorias. Fáltales completamente el sentido histórico, porque, absorbiendo la historia en la revelación, forman una concepción falsa del destino humano y desconocen la idea de progreso. Aun en el caso de llegar, bien á su pesar, arrastrados por una ley que domina á cuanto tiene vida, á inscribir el progreso en su bandera, mutilan y alteran el dogma que deben á la filosofía. No quieren el progreso religioso, no pueden admitirle, porque el cristianismo revelado es la última palabra de Dios. Tampoco quieren el progreso moral, tampoco pueden admitirle, porque arruinaría la creencia del pecado original, base de la religión tradicional.

Por nuestra parte hemos establecido el progreso sobre una base inamovible, la de los hechos (1). Tiene también un fundamento filosófico no ménos sólido. El gobierno providencial sería únicamente una palabra vacía de sentido si no implicara una educación del género humano, y la educación no se concibe sin desenvolvimiento, sin progreso. Na-

(1) Véase la parte duodécima de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

ceмос imperfectos, pero dotados de la facultad de perfeccionarnos; lo que supone un guía, un maestro, que lo es Dios inmanente en la humanidad. La inmanencia y el progreso son dos fórmulas diferentes de la misma idea; por eso los partidarios del pasado las condenan ambas. Á su juicio, el Dios inmanente es un Dios inconsciente que se manifiesta fatalmente, un Dios sin libertad, por tanto; el hombre no es libre, y la historia se reduce á una evolucion necesaria de un pensamiento que no tiene conciencia de sí mismo; es decir, que todo es fatal. No, el Dios inmanente no es un Dios sin conciencia; no, la vida de la humanidad no es la vida de una planta que crece, florece y muere sin saber que existe. Si el hombre tiene conciencia de sí mismo, ¿cómo ha de ser inconsciente el Sér de los seres? El Dios que adoramos es providencia; ¿cabe un gobierno sin que el mismo que lo rige sepa que existe? Nuestro Dios es maestro; ¿cabe suponer que guía é inspira á su discípulo sin que conozca el fin que persigue? Nuestro Dios es también justicia; ¿es posible administrarla cuando el juez ni oye ni ve?

La inmanencia de Dios y la idea del progreso que implica, léjos de conducir á un ciego fatalismo, son las únicas fuentes que dan sentido á la historia; ¿qué significaría el destino del género humano si no se encaminase á un fin ideal al que sin cesar se va acercando? Su vida se reduciría á un círculo vicioso de los mismos errores y de las mismas faltas; motivo habría entónces para maldecir la existencia que Dios nos ha dado y para desear no haber nacido. Dentro de este órden de ideas, ¿qué sería la historia? La narracion de las malas pasiones del hombre, el espectáculo de la fuerza y de la violencia reinando sobre la debilidad oprimida. Preferible á esto sería que no hubiese historia; que á la verdad quedaria reducida á un gabinete de antigüedades sin la idea del progreso; más valiera reemplazarla por un museo de curiosidades; éste al ménos prestaría entretenimiento y distraccion, miéntras que el espectáculo del crimen triunfante y de la locura dominadora subleva el alma ó la sume en irremediable tristeza.

Los hombres no pueden vivir sin ideal, porque no pueden vivir sin Dios: prueba viva de que Dios es inmanente. Durante el largo período en que el espíritu humano no se elevaba á la nocion del progreso, los hombres colocaron en el pasado su ideal,

imaginándose que la cuna del género humano se habia mecido en una edad de ventura sin límites, edad de oro que se ha convertido en la edad de hierro que atraviesa nuestra desdichada existencia. De largo tiempo ya lleva la edad de oro perdido su crédito, quedando relegada entre las fábulas; pero conserva el hombre la tendencia, al parecer irresistible, de exaltar el pasado á expensas del presente. Fuerza es confesar que el progreso material, y áun intelectual, es una verdad; pero también hay predisposicion á suponer con Rousseau que la cultura del espíritu sólo sirve para viciar el corazón, y á repetir con Horacio que valemos ménos que nuestros padres, y que nuestros hijos serán peores que nosotros; de aquí la negacion del progreso moral, concepcion tan aflictiva como la negacion de todo progreso, á cuya consoladora doctrina conduciría. Si los hombres llegáran á convencerse de que, al paso que avanzan en ciencia, en inteligencia, en riqueza y en conveniencia, se van corrompiendo, indudablemente dejarían las luces funestas y el bienestar corruptor para volver á los bosques. Vano temor; su sed de progreso aumenta cada día, prueba de que la decadencia de que se quejan no pasa de ilusion.

La realidad no responde al ansia imperiosa de perfeccion que el hombre experimenta; de aquí la creencia que la perfeccion tan deseada ha existido en un tiempo y en un lugar imaginarios. No obstante la conviccion de que la edad de oro no ha existido, todavía los hombres se imaginan que sus antepasados han sido más dichosos. Sólo conocemos el pasado por una tradicion que disipa el recuerdo de los sufrimientos y de los gemidos. Los males que sufrimos nos parecen mil veces más agudos que los que en narracion consideramos; la imperfeccion que hiere á cada instante nuestra inteligencia ó nuestro corazón nos choca más hondamente que los abusos y excesos del tiempo pasado. En fin, la humanidad, en cierto sentido, se parece á los viejos que echan de ménos su infancia ó su juventud, porque los achaques que sufren aumentan la ilusion respecto á la dicha que en otra edad disfrutáran.

El dogma del progreso disipa semejantes preocupaciones. La historia, inspirándose en esta creencia, llegará á apreciar con justicia lo mismo el pasado que el presente de la humanidad. ¿Cuán-

tas ilusiones se conservan todavía acerca de las repúblicas de la antigüedad y de la Edad Media! ¿Cuántos se figuran que el género humano ha perdido la libertad que disfrutara en las felices ciudades de Grecia y de Italia! ¿Cuántos, que la fe de nuestros padres era más pura y más profunda que la nuestra! Sin embargo, fijándonos un poco, veremos que los ciudadanos de Esparta y de Roma ni áun sabían lo que era libertad; tampoco se requiere gran penetracion para comprender que la religion tan ensalzada de la Edad Media se reducía á una vergonzosa supersticion. Exaltando el pasado, no sólo se da calor á una idea falsa, sino que se calumnia el presente, y se infunde en las almas débiles pesares estériles y desalentos injustos. La doctrina del progreso restablece la realidad de las cosas. La historia, iluminada por su luz, nos enseña que la cuna del género humano fué agitada por todos los abusos de la fuerza, por todos los excesos de la ignorancia; que nuestra libertad se halla más bien entendida y mejor garantida que entre los Griegos y los Romanos; que en nuestro siglo, motejado de incrédulo, hay más fe verdadera que en los llamados por excelencia edad de la fe. Así, el dogma del progreso, restableciendo la verdad en la historia, nos reconcilia con nuestro destino, nos le hace amar, y nos inspira el reconocimiento hácia el que nos ha dado la existencia y preside á su desenvolvimiento.

El dogma del progreso abre, hasta cierto punto, un escollo en que cayeron los primeros que le formularon. Embriagados por el porvenir brillante que ante su vista se dibujaba, compadecieron la condicion de los hombres en los tiempos antiguos; y al destruir la preocupacion de la edad de oro en el pasado, la restablecieron en el porvenir. Encontrando una resistencia obstinada en los hombres apegados á las viejas ideas, concibieron un odio violento hácia las instituciones que se empeñaban en mantener, cuando se reducían simplemente á un obstáculo para el perfeccionamiento de la humanidad. Los filósofos del siglo último juzgaron y condenaron, bajo la influencia de estos sentimientos apasionados, la tradicion cristiana y los tiempos bárbaros en que la Iglesia ejerció su imperio. Resultaba de este exceso que, al maldecir el pasado, eran los filósofos infieles á su propia doctrina. El dogma de la perfectibilidad supone seres imperfectos y un desarrollo progresivo, aunque

siempre incompleto; así, la edad de oro es un sueño como pasado y como aspiracion. Por más que la humanidad avance sin cesar hácia el término de su destino, no le alcanzará jamás, porque la perfeccion absoluta no existe para los hombres, como tampoco existe para ellos la verdad absoluta. Por tanto, la filosofía no debe maldecir el pasado, porque todo pasado supone un progreso sobre otro estado anterior más imperfecto. Léjos de reprobar las instituciones religiosas ó políticas de los tiempos antiguos, la doctrina del progreso demuestra su razon de ser; en este sentido, no sólo acepta el pasado, sino que lo justifica.

Importa, sin embargo, que la filosofía de la historia salve otro escollo. Justificar el pasado no es perpetuarle ni inmovilizarle. La justificacion es relativa al estado social en cuyo seno las instituciones han nacido y se han desarrollado. La indulgencia hácia el pasado implica la condenacion de esas mismas instituciones para el porvenir. Bajo este punto de vista, la filosofía de la historia debe ser de una severidad inexorable; de lo contrario, conduciría á inmovilizar la sociedad, á eternizar la supersticion y el abuso de la fuerza; pero al mismo tiempo que guarda su severidad para las doctrinas, debe favorecer á los hombres con su indulgencia. La historia ha de amar, no aborrecer. Odiamos porque ignoramos, porque conocemos de una manera imperfecta. Dios, que todo lo ve, no aborrece. Es preciso que el historiador se penetre del amor divino para que alcance dignamente á estudiar la vida de la humanidad; sólo debe ser implacable contra el error ó contra los que voluntariamente le aceptan, con el fin de explotar la debilidad humana. Es preciso que la historia sea una leccion de moralidad, y, por consiguiente, una enseñanza del deber. El interés ciega á los hombres y los arrastra á la injusticia y al crimen; á la historia cumple enseñarles que el deber es el verdadero interés y que la iniquidad se torna siempre en contra del que la comete.

## II.

La palabra progreso es vaga, y de no precisar la idea puede conducir á aberraciones. Al decir que el progreso es una ley de la humanidad, debe entenderse que los hombres y las sociedades avanzan sucesivamente hácia el fin que Dios ha asig-

nado á sus destinos. Hay, pues, un progreso individual y un progreso social. Para el individuo, la filosofía puede mantener el ideal trazado por Jesucristo: ser perfecto como nuestro Padre celestial. Aquí conviene explicar en qué consiste la perfección. Conocidos son los increíbles extravíos y locuras á que los santos del desierto se entregaban, y á su imitación los monjes, creyendo practicar la perfección evangélica. Bajo el punto de vista del progreso, no hay perfección, sino desarrollo progresivo. Ser perfecto como Dios no significa que el hombre deba tender á una perfección imposible para la criatura, de naturaleza imperfecta; pero sí que debe desarrollar las facultades con que Dios le ha dotado. Los cristianos hacían consistir la perfección en poseer la verdad absoluta y en practicarla. Bajo el punto de vista del progreso no hay verdad absoluta; nuestra ley es buscarla; en los esfuerzos que hacemos para descubrirla y para armonizar con ella nuestros destinos consiste la perfección.

Si los discípulos del Cristo se han engañado respecto al ideal de perfección que perseguían, estriba en que su religión era una religión del otro mundo, en que desconocían y desdeñaban el mundo real y las condiciones de existencia que el mismo Dios nos ha trazado. Este espiritualismo excesivo ha provocado una reacción no menos excesiva. Los cristianos aspiraban á una vida imaginaria en un cielo imaginario. Los filósofos, y entre ellos los ardientes sectarios del progreso, se dijeron que la vida futura era un sueño y el hombre una planta que debía vivir sujeto á las leyes de la naturaleza: doble aberración. Descartemos primeramente el error de los filósofos, que se encuentra en contradicción con el dogma del progreso que les inspira. El progreso consiste, según se ha dicho, en el desarrollo de nuestras facultades; si estas facultades son infinitas, ¿podrá su desarrollo limitarse á esta corta existencia? La idea es infinita, puesto que su objeto es infinito; si se la limita á los breves días que pasamos sobre la tierra, carece de sentido; hasta pudiera, bajo tal suposición, temerse que el hombre, á fuerza de estar ligado á la tierra, se redujera á materia, como el mundo de que forma parte. Apresurémonos á rechazar una doctrina que conduce á asimilar el hombre á las plantas y á los brutos. En cuanto al error cristiano, es poco temible: los mismos defensores del cristianis-

mo tradicional parece que ignoran una doctrina que realmente es tan contraria á nuestros sentimientos y á nuestras ideas. La doctrina de una vida progresiva es infinita y concilia la religión con la filosofía: nos liga con la vida presente, puesto que impone la ley de llenar todos los deberes que la sociedad exige; no sacrifica la tierra al cielo, ni encierra al hombre en el estrecho círculo de su nacimiento y de su muerte. Los filósofos cesarán de negar la vida futura desde el momento que ésta se identifique con la vida presente, de que será la continuación. Los cristianos pueden aceptar perfectamente la teoría, puesto que da cabida á sus aspiraciones. El hombre no vive únicamente de este mundo y en vista de este mundo, sino que es también ciudadano de una patria celeste; sólo que el mejor medio de prepararse á la vida futura es participar de la terrena, considerada como un punto dentro de una línea sin fin.

La doctrina del progreso, dando así satisfacción á las legítimas exigencias de la religión y de la filosofía, asigna al hombre un destino diferente del que habían concebido los cristianos y los filósofos. El fin ideal para los cristianos es el cielo, es decir, una felicidad perfecta, una beatitud eterna. Los filósofos del último siglo prometían también la felicidad al hombre, pero la felicidad terrestre. Así la filosofía y la religión estaban de acuerdo, bajo el punto de vista que ambas representaban la felicidad como fin supremo del hombre. La doctrina del progreso no puede aceptar esta concepción de la vida, lo mismo de la futura que de la presente. Con efecto, la felicidad es un estado de perfección; pero la perfección y el progreso no pueden ligarse entre sí. Hemos dicho que la felicidad del hombre no consiste en poseer la verdad absoluta, puesto que ésta no existe para él; no menos imposible es la beatitud perfecta para un ser imperfecto. La noción de la felicidad debe, pues, cambiar de naturaleza; pero no puede consistir en un estado de posesión espiritual ó material, sino en un desenvolvimiento de nuestras facultades físicas, intelectuales y morales. Esta manera de concebir la felicidad da en realidad satisfacción á los sentimientos encontrados del cristianismo y de la filosofía. El filósofo no puede aspirar á mayor felicidad que á pensar y amar; el cristiano asimismo debe considerarse feliz con la verdad que la religión le enseña y con la carrera infinita de caridad que se abre ante él, tan-

to en este mundo como en el mundo futuro; pero el progreso nos libra de las aberraciones del ascetismo cristiano, puesto que, lejos de maldecir la naturaleza, ve en ella una condición necesaria de nuestro desarrollo. El progreso disipa asimismo los extravíos de la incredulidad, porque funda la ventura, no en gozar, sino en desenvolver, en poseer y en conquistar.

El progreso ha de ser también social; y tampoco sobre este punto están de acuerdo la filosofía y el cristianismo; hablamos del cristianismo tradicional. Hegel dice que el desenvolvimiento de la libertad es el fin ideal del destino de la humanidad (1). Spinoza había dicho ya que la libertad es el fin del Estado. Aceptemos esta doctrina con cierta reserva. Sin duda la libertad es de la esencia del hombre y debe siempre ir en aumento. Pero ¿es realmente su fin, ó es más bien un medio? La libertad consiste en los derechos que Dios ha dado al hombre y que la ley no hace más que declarar garantiéndolos. ¿Acaso la libertad de pensar es un fin? ¿Lo es la libertad de la prensa? ¿Lo es la libertad de asociación? Todos estos no son más que medios, facultades necesarias al hombre para poder cumplir su misión, sin que constituyan por sí esa misión. Así el fin supremo de la humanidad no puede fundarse en la libertad. Spinoza, al decir que el Estado tiene por fin la libertad, no añade que el fin del Estado sea también el fin de la humanidad; entiende, sí, que el hombre debe conservar su libertad en el seno del Estado; es decir, que debe gozar en él de los desechos naturales, inalienables é imprescriptibles que la Asamblea constituyente ha proclamado en su inmortal declaración. El hombre, pues, es libre y podrá desenvolverse á su antojo sin traba alguna: si el Estado interviene debe ser para prestarle apoyo en lo que sus fuerzas individuales fueren insuficientes. En este sentido la misión del Estado se confunde con la de los individuos, y no pudiera suceder de otra suerte, porque el Estado es la sociedad organizada, y la sociedad son los hombres que se reúnen para cumplir su destino.

El cristianismo tradicional no quiere reconocer al hombre la libertad que la filosofía reclama. Esta

(1) HEGEL, *Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte*, página 24: «Die Weltgeschichte ist der Fortschritt im Bewusstsein der Freiheit.»

libertad absoluta, según la Iglesia, sería la libertad del mal. La libertad filosófica, peligrosa para la salvación, es además inútil; el hombre no necesita la libertad para investigar la verdad; la Iglesia la posee y se la comunica, y él cumple un deber en obedecerla; la Iglesia solamente tiene necesidad de una libertad ilimitada para extender la palabra de vida y llenar la misión que ha recibido de Dios. Sobre este punto hay antagonismo radical, irremediable, entre la filosofía y el cristianismo. La lucha entablada es á muerte, pero el resultado no es dudoso. Desde luego la victoria de la filosofía es incontestable, porque ella reina sobre el pensamiento y el pensamiento domina al mundo. El cristianismo debe transformarse ó perecer. La transformación se opera en el seno del protestantismo avanzado. En ella estriba la salvación de la humanidad; fáltale la libertad, fáltale la fe, fáltale la unión de la libertad y de la religión; esta unión, que los partidarios del pasado proclaman vanamente en nombre y en provecho de la Iglesia, se obtendrá en nombre del cristianismo liberal, que deja al hombre completa libertad de pensar, aunque manteniendo siempre la fe en las grandes verdades, sin las que la humanidad no sabría vivir.

#### § IV.—Crítica de la filosofía de la historia.

##### N.º 1.—Dios fuera de la historia.

##### I.

El concepto de lo divino se debilita, y es esta una desgracia de las épocas de transición. Los hombres, en la imposibilidad de creer en la religión tradicional, ó abandonan la fe ó su fe es vaga y débil; diríase que temen, conservando creencias vigorosas, caer en las viejas supersticiones. Los incrédulos del siglo XIX no se fijan en que las dudas y las excitaciones de la filosofía empujan al seno de la Iglesia á cuantos experimentan la necesidad de creer, es decir, á la inmensa mayoría de los hombres. La fe del pasado únicamente cederá ante otra fe mejor; la verdad tan sólo destruirá el error. En vez de rechazar las nociones esenciales de cualquier religión, será preciso, por el contrario, darles una fuerza nueva, poniéndoles en armonía con los sentimientos y las ideas de la humanidad moderna: tal es la noción de Dios. Los hombres